



Erasmus Zarzuela

Aproximación a la narrativa de cuerpos en claroscuro

Rosario Quiroga de Urqujeta, nos revela en el libro *Cuerpos en Claroscuro*, pasajes de la vida cotidiana con seres que transitan por una tragedia humana.

La sensibilidad que habita en ella, pone en evidencia una vez más estos 12 relatos traducidos en su mayoría por una profunda dosis de amargura. Nos hace ver en un lenguaje claro, la búsqueda perenne de querer compartir la palabra, no el silencio, la compañía, no el aislamiento.

Cuerpos en Claroscuro, narra en verso los caminos del hombre que entre paréntesis también puede llegar a quedar seño, encendido en un estéril monólogo, y aquí la mujer con un amor incondicional, ávida de ser amada sacrificada su tiempo, su vida, su luz y su única esperanza es que algún momento como muestra la trama del calendario, que llegue el día en que sin espacios, sin rumores, sin palabras, ese personaje que existe y que habita en todas partes del cosmos comprenda la emoción sin límite y saboree, sin heridas ese derechos que todos tenemos de compartir el amor que se da de a dos, pese al tormento de los conflictos.

Percibimos que no sólo es en la literatura infantil que demuestra su dedicación y espontaneidad, al haber incursionado en este nuevo género auguramos que siga escribiendo con esa misma vocación.

Rosario Quiroga de Urqujeta, hace resaltar la mayoría de los relatos con naturalidad, por lo que me atrevo a calificar que *Cuerpos en Claroscuro* es un libro que merece ser leído.

Marlene Durán Zuleta



el duende
director: luis urqujeta m.
consejo editor: alberto guerra g.
edwin guzmán o.
benjamin chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
casilla 448 telfs. 54855 - 76816
e-mail: oruduende@latinmail.com

Zona Franca Oruro, con nuestra cultura

Saramago, escritura diaria

Tres textos de sus cuadernos de Lanzarote.

3 de diciembre de 1993

Edimburgo (¿y para qué lo digo yo, si tantos lo han dicho ya?) es una ciudad bellísima. Y más lo sería si en el lugar de la estación del tren aún estuviese aquel lago que la naturaleza puso allí un día y que los hombres otro día secaron. Incluso así, con un pequeño trabajo de imaginación, podemos decidir que la cobertura gris de la estación es el agua sombría que refleja el tiempo cubierto y la lluvia que hemos encontrado. En Edimburgo anochece más temprano que en Liverpool: a las cuatro ya las farolas están encendidas. Perdimos una parte de la mañana buscando un transformador para el ordenador (esta malvada máquina me da disgustos) que resolvió no funcionar en Didsbury y después visitamos el castillo. Llovía finamente, una polvareda de agua, como suspendida, confundía el horizonte con la tierra y el cielo, pero la belleza de la ciudad, toda hecha de torres, altos tejados de dos aguas, grandes masas arquitectónicas, de tan viva e intensa, casi se hacía angustiante. No sé cómo será vivir en Edimburgo, pero sé, si la vida o la muerte no dispusieran otra cosa, que volveré aquí un día y que subiré hacia el norte, donde me dicen que permanece aún la Escocia profunda. Fuimos, después del castillo, a la Catedral de San Giles. Entre esta hermosura, de los tiempos en que la fe, incluso si no removía montañas, creaba obras primas, y los fenómenos teratológicos de Liverpool, va la distancia que separa lo banal de lo excepcional.

25 de junio de 1994

Heme aquí, aparentemente, caído en plena contradicción. En la entrevista que di a Mario Santos, hoy publicada, afirmo a cierta altura que "no he vivido nada que valga la pena ser contado". Incluso al lector más distraído habrá de figurársele bastante dudosa la sinceridad de tales palabras, cuando se sabe el uso que vengo dando a estos cuadernos, metódico y casi obsesivo inventario de mis días actuales, como si todo cuanto en ellos me acontece valiese al final la pena. Creo que no hay realmente ninguna contradicción. Una cosa es mirar el pasado en busca de algo que más o menos le haya sobrevivido y por lo tanto merezca ser recordado, otra es registrar simplemente el día a día, sin pensar en ordenar y jerarquizar los hechos, apenas por el gusto (¿o se tratará de una expresión mal disimulada de lo que conocemos como espíritu de conservación?) de fijar, como he dicho, el paso del tiempo. En otras palabras: si yo viviese cincuenta años más y fuese entrevistado por un Mario Santos también cincuenta años más viejo, tengo la seguridad de que le repetiría, con la misma sincera convicción de hoy, olvidado de casi todo cuento en estos cuadernos escribí: "No he vivido nada que merezca la pena ser contado".

16 de octubre de 1995

En Lisboa, para el lanzamiento del *Ensayo sobre la ceguera* y lo demás que se verá. Firmar libros, dar entrevistas, repetir lo ya dicho, preguntarme una y muchas veces si vale la pena y, a pesar de esto, continuar, porque me diré a mí mismo que lo debo hacer. Miguel Torga no concedía autógrafos, Heberto Helder no da entrevistas: en cuanto a mí, aunque me pusiese a buscarlas, sé que no encontraría razones para no firmar a un lector un libro que escribí y para no explicarle por qué y cómo lo hice. Es una debilidad, lo reconozco, pero me acuerdo de lo que decía mi eterna abuela Josefa, a propósito de otras historias: "Lo que la cuna dio, la tumba se lo leva", lo cual, aplicado a mi cuna y a mi caso, significa que cuando nací, en aquella calle de Azinhaga a la que llaman la Lagoa, ya estaba predestinado para llegar a dar autógrafos y entrevistas, cosa en la que ni la dicha y confiada abuela creería, viendo con qué competencia yo mudaba la paja de las pocilgas y desanucaba a los conejos con un golpe seco de mano. ¡Ay, de los destinos!